

Guillermo de Nangis, monje de San Dionisio en Francia, dice que el rey Felipe el Atrevido, hijo y sucesor de San Luis, para festejar la venida de Carlos de Anjou, príncipe de Salerno, celebró en el año de 1279 un torneo en que se halló uno de los príncipes de la sangre, cuyas armas eran tan pesadas, y recibió tantos golpes que todos se admiraron de que no hubiese perdido la vida. Mateo Paris refiere que se hizo otro muy cruel entre franceses é ingleses en el año 1270, cuando Felipe Augusto de Francia, y Ricardo, rey de Inglaterra, descansaban en Sicilia y se discordaron disputándose el poder de establecer un rey en Jerusalem, pues el primero favorecía al marqués de Montferrat y el segundo se interesaba por Gui de Lusignan, á quien había vendido la isla de Chipre. El mismo autor habla del torneo que los franceses hicieron en Londres, antes que Luis de Francia, hijo del rey Felipe Augusto se hubiese recibido y coronado rey de Inglaterra el año 1216, y dice que muchos caballeros ingleses murieron en él, y que el conde Godofre de Mandeville espiró algun tiempo despues de un golpe que recibió en la carrera. En Herfort el año de 1241, el conde mariscal Gilberto murió bajo de su caballo, que le cayó encima en un torneo en que muchos gentiles-hombres fueron heridos y muertos á golpes de hacha y espada. Un duque de Albania fué muerto en Francia en una igual funcion, segun Octaviano de San Gelais, quien habla de ella en su *Jardin de honor*, y bajo el reinado de Carlos VI hubo otro, únicamente por la gloria de las armas de las respectivas naciones, en la ciudad de Arras, en presencia del duque de Borgoña, entre cinco caballeros franceses y otros tantos borgoñones. Teodoro de Valperge, Potou de Santrailles, Filiberto de Abreci, Guillermo de Bez y el Estendard de Nulli eran del partido de Francia, y Simon de Allain, Pedro Baufremont, el señor de Charni, Juan de Vaudray, Nicolás y Filiberto de Menton sostenían el del duque de Borgoña. Las lanzas se servían á los franceses por un caballero llamado Alardino de Mousay, y á los borgoñones por el señor Juan de Luxemburgo. El combate se verificó en la calle Mayor, en un parque preparado al efecto, cuidadosamente enarenado, en medio del cual se levantó una barrera doble para que los caballeros no chocasen unos con otros en la carrera. Las justas duraron cinco dias, y la fortuna quiso en esta ocasion que no hubiese mas heridos que Filiberto de Abreci y el Estendard de Nulli, que lo fueron en el rostro.

Se lee en la Historia de España que don Juan de Pimentel, conde de Mayorga, se halló en muchos torneos en que consiguió fama: aprendió con gran cuidado estos ejercicios, y principalmente el del hacha para combatir contra los extranjeros, y habiendo hecho armar de todas armas á Lope de la Torre, su escudero, para ensayarse con él, éste le dió en el rostro tan fuerte golpe, que murió poco tiempo despues.

Don Alvaro de Luna en el torneo que se verificó en Madrid en celebrad de haberse encargado el rey don Juan II de la gobernacion del reino, salió herido tan gravemente que derramaba sangre en abundancia, en términos que hubo que conducirlo en andas á su casa, de tal modo que segun la crónica «todos pensaron que moriera de aquella herida, ca le sacaron bien veinte é quatro huesos de la cabeza, é veníanle grandes accidentes é muy amenudo.»

Como en otro artículo nos hemos propuesto tratar con extension de los retos, duelos ó desafíos sangrientos, ya se adoptasen como venganza ó satisfaccion de particulares ofensas, ya como medio de investigacion ó probanza, solo trataremos en este de los combates personales que con el

nombre de *Paso de armas* se celebraban por un caballero para hacer alarde de su brio defendiendo un paso en honor y obsequio de su dama, ó bien como satisfaccion pública de un agravio ó cumplimiento de una penitencia impuesta por la señora de sus pensamientos á un caballero hasta que se redimiese á fuerza de empresas, ó le negaba sus favores y correspondencia hasta que la ganase rompiendo lanzas con cuantos esforzados caballeros quisieran justar con él. Entre estas empresas, que tanta analogia guardan con los torneos, es notable por su carácter de actualidad el célebre *Paso honroso* de Suero de Quiñones, caballero leonés de ilustre linaje, el cual había hecho juramento de reconocerse esclavo de una muy noble señora y de llevar al cuello los jueves de cada semana una cadena de hierro como signo de esclavitud, hasta obtener su rescate y el amor de su dama, defendiendo y manteniendo un *paso* contra todos los caballeros del mundo. En su consecuencia escogió para ello el Puente de Orbigo, sito entre Leon y Astorga, en la época que transitaba por el gran número de gentes que iban en romería á Santiago de Galicia por ser año de jubileo. Rogó á nueve campeones de su confianza que le ayudasen á mantener la empresa, y se propuso obtener su rescate rompiendo trescientas lanzas por el asta, con fierros de Milan, contra cuantos caballeros españoles y extranjeros quisiesen combatir. Publicáronse carteles de reto con la anticipacion debida, y tambien el solemne ceremonial y condiciones que habían de observarse, que constaba de veintidos capitulos. Era uno de los principales que toda señora noble que por allí pasase, si no llevaba caballero que hiciese armas por ella, perdería el guante de la mano derecha. Otro era: que todo caballero que llegase al *paso* mantenido por él, no podría seguir adelante sin hacer armas ó dejar en prendas alguna de las que llevase, ó mejor aun la espuela derecha, hasta que acometiese algun fecho de tanto peligro ó más que aquel. Estos capitulos pueden dar una idea de los demás. Cumplido el plazo, se hizo el palenque, levantáronse las tiendas y estrados, se nombraron y colocaron los jueces, y Suero y sus nueve mantenedores entraron en la liza acompañados de gran número de reyes de armas, farautes, trompetas, ministriles, escribanos, armeros, herreros, cirujanos, médicos, carpinteros, lanceros, sastres, bordadores, y otros oficiales que se juzgaron necesarios. Obsérvese todo lo preceptuado en el ceremonial, y se dió principio á las carreras, que tanto Suero de Quiñones como sus nueve compañeros sostuvieron valerosamente durante treinta dias, los quince anteriores y quince posteriores á la fiesta del apóstol Santiago de 1434. Se presentaron en este tiempo sesenta y ocho aventureros, españoles, portugueses, franceses, italianos, alemanes y bretones. Se corrieron setecientos veinte y siete carreras, en las que se rompieron ciento diez y seis lanzas, sin llegar á las trescientas por no alcanzar el tiempo y falta de justadores que las corriesen.

Don Beltran de la Cueva en el principio de su privanza, preparó é hizo un paso de armas cerca de Madrid en el sitio donde hoy se alza la Puerta de Hierro, con el motivo y circunstancias siguientes.

Habiendo el duque de Bretaña mandado una solemne embajada á don Enrique IV, con objeto de estrechar la union y amistad entre ambos soberanos, quiso el rey obsequiar al embajador, haciendo al mismo tiempo ostentacion y alarde de la riqueza y magnificencia de su corte. Para esto hizo disponer unas espléndidas fiestas en la casa de campo del monte del Pardo. Tres dias pasaron en justas, torneos, monterías y banquetes, y el cuarto en que los reyes y la corte

AÑO XXIII. 9.



debían regresar á la villa, el jóven don Beltran de la Cueva, hidalgo generoso y galan esmerado, defendió el *paso* ya citado por el cual tenían que pasar todos los que regresasen del festín y sitio real. Los gentiles-hombres que acompañaban damas no podían atravesar el camino sin hacer seis carreras, ó de lo contrario dejar el guante derecho. En un arco de madera fabricado á prevención habia puestas muchas letras de oro de perfecta labor, y el caballero que rompía tres lanzas tomaba del arco la inicial del nombre de su dama. Durante todo un día defendió don Beltran, solo contra todos y cada uno en particular, la singular belleza de su dama, sin revelar el nombre de su señora, aunque no faltaron maliciosos que sospechasen era la reina á quien el hidalgo dedicaba sus obsequios. El rey gustó tanto de este paso de armas, que mandó edificar en aquel paraje un monasterio de gerónimos, que se tituló *San Gerónimo del Paso*.

Volvamos á los torneos propiamente dichos.

En el año de 1500 hubo uno de guerra mortal entre siete gentiles-hombres de la reina Ana, y otros siete del rey Luis XII, su marido, el día 22 de mayo, al regresar la reina de Borgoña adonde habia ido á tener en las pilas bautismales á un hijo del príncipe de Orange. El infante de Navarra, hermano del conde de Foix, y los señores Avennes, de Bonneval, de la Rochepot, de las Barres, de Verdusant y de Ravet, llamado Pocquedenare, fueron del partido del rey: los señores de la Roche de Bretagne, de Chatillon, de Fremette, de Saint Amadour, Francisco Cours, Mangiron, y el jóven Camicant, formaban el bando de la reina. El rey estaba sobre un tablado acompañado del conde de Foix, del príncipe de Orange, del conde de Dunois, del duque de Albania, de los mariscales de Rieux y de Gie y de algunas otras personas distinguidas. La reina se colocó en otro igual donde la asistían la princesa de Tarento, la condesa de Gayace, la señorita de Candale y otras damas de notable hermosura, que contribuyeron mucho al esplendor de este grande espectáculo. El infante de Navarra fué herido en el rostro; el señor de Chatillon corrió con tanta fuerza y velocidad, que dejó un pedazo de su lanza en el brazo derecho de Pocquedenare, y casi fué milagro que no hubiesen ocurrido mas desgracias.

En 1507 hubo en Milan otro torneo delante del rey Luis XII. Se combatía en línea á tiro de lanza con la pica de Suiza, á estocadas y tajos de espada, y sin barrera á la pica, á tajo de espada y al hacha. El señor Galeas de San Severino, caballero mayor de Francia, mantenía el paso de armas en el lugar del castillo de Milan con otros siete lombardos y franceses que se ensayaban allí. Los mas señalados fueron: Gaston conde de Foix, sobrino del rey, Gui, señor de Laval, el jóven Candale, Francisco Mangiron, Juan de Chandion, Guillermo de la Hyta y Luis el Ermitaño. Los lombardos no tuvieron fortuna, recibieron grandes heridas; sus arneses fueron destrozados completamente en muchas partes, todo el campo se enrojeció de sangre, y si el rey no hubiera detenido con un grito el brazo de Chandion, allí muriera Galeas, á quien asestó un terrible golpe que le hizo dar con las manos en tierra.

En Paris en el mes de junio del año 1549, Enrique II publicó un hermoso torneo en celebridad de su entrada en la capital acompañado de Catalina de Médicis, su esposa; y no solamente fué bello, sino feliz, y el mismo rey y los príncipes de Vendome consiguieron grandes aplausos y gloriosa celebridad; pero el que hizo despues para celebrar los casamientos de madama Isabel de Francia, su hija, con el rey

de España, y de madama Margarita de Francia, su hermana, con el duque de Saboya, fué muy extraordinario y funesto. Quiso ser el jefe de las cuadrillas con Francisco de Lorena, duque de Guisa, y el príncipe de Ferrara se resolvió á sostener el paso con él por espacio de tres días con la lanza, con la pica y con la espada. El rey fué feliz el primer día, pero el segundo dió mucho que sentir á la Francia. Aunque le suplicó la reina, por medio del duque de Saboya y del señor de Monmorency, que no corriese mas, su resolución fué mucho mas fuerte que todos los consejos que se le dieron; y cuando se vió fuertemente estrechado por las instancias de su esposa, envió á decirla que únicamente correría por ella una lanza. Para ser fiel á su promesa y cumplir su fatal destino, obligó al conde de Montgommery á correr contra él, sin que le valiesen las excusas que dió, ó por temor, ó por presentimiento, ó por respeto, y habiéndole tocado el conde en la coraza con la lanza, se hizo ésta astillas dando una de ellas en la visera del rey, y penetrando por uno de sus ojos hasta lo interior del cerebro, murió de la herida á los once días en 10 de junio de 1559, despues de haber vivido cuarenta y dos años y reinado trece.

Con la muerte desgraciada de este soberano y el uso general de las armas de fuego, concluyó la afición y necesidad de esta clase de espectáculos, de los que no se vuelve á hablar sino como parodia ó pantomima; débil reflejo de los rudos y magníficos siglos anteriores.

Para completar este ligero resumen haremos mencion de otras muchas empresas de la misma índole, á pesar de haber hablado de ellas en lo perteneciente á España.

Olivier de la Marche, en el libro primero de sus memorias, trata de un paso de armas en un lugar llamado el Arbol de Carlo-Magno, que sostenían trece caballeros de la casa de Borgoña contra todos cuantos venían, y habla de otros dos, de los cuales uno mantenía el señor de Haubourdin, bastardo de Saint Paul, junto á Saint Omer, y el otro en Borgoña, Santiago de la Lalain. Pocos habrá que no hayan oído hablar del paso dispuesto en Lyon por el señor Claudio de Vaudre, gentil-hombre del duque de Borgoña, en donde el caballero Bayardo adquirió tanta fama saliendo de paje, á vista del rey Carlos VIII. Tenemos la empresa de trece caballeros que llevaban por divisa en su escudo verde la dama Blanca; en cuyo bando estaban Carlos de Albret y el mariscal de Boucicaut, el año 1400, y la historia menciona otra de Antonio de Arces del Delfinado, seguido de otros tres caballeros para correr con armas muy afiladas, templadas y aceradas hasta que se quebrasen, rompiesen ó se hubiesen perdido lanzas, y pasadas las carreras cada uno debía echar mano al estoque ó á la espada, dando tajos y estocadas, debiendo combatir hasta que uno de ellos saliese del palenque ó se rindiese.

No todos los espectáculos que hemos procurado reseñar fueron sangrientos; muchos hubo que solo se hicieron notar por su magnífico esplendor, galante caballería é instrucción guerrera que á la juventud proporcionaban; mas adelante trataremos de otro género de combates en que á la virtud se llama afeminación, el crimen se considera como cualidad de las grandes almas, y al homicidio se le erigen altares solo debidos á la justicia, que al presenciar tal extravío en las ideas se cubrió la cabeza con su manto, asistiendo al sacrificio del derecho, pero ciega, envuelta en las tinieblas, como Agamenon á la muerte de su hija.

DIONISIO CHAULIÉ.



## IDEA DE LA HUMANIDAD.

Una idea se revela al través de la historia extendiendo cada día su saludable imperio; una idea que mejor que ninguna otra prueba el hecho muy frecuentemente comprobado, pero todavía mas frecuentemente mal comprendido, de la perfectibilidad general de la especie; esta es la idea de la humanidad. Ella es la que propende á hacer caer las barreras que las preocupaciones y miras interesadas de toda especie han levantado entre los hombres, y á hacer considerar la humanidad en su conjunto sin distincion de religion, de nacion ni de color, como una gran familia de hermanos, como un cuerpo único que marcha hácia un solo y un mismo objeto, hácia el libre desarrollo de las fuerzas morales. Tal es el objeto final, el objeto supremo de sociabilidad, y al mismo tiempo la direccion impuesta al hombre por su propia naturaleza para el indefinido engrandecimiento de su existencia. Mira éste la tierra tan lejos como se estiende, el cielo tan lejos como puede descubrirlo, iluminado con estrellas, como su íntima propiedad, como un doble campo abierto á su actividad intelectual y física: cuando niño aspira á pasar los montes y mares que circunscriben su estrecha morada; y despues, replegándose sobre sí mismo como la planta, suspira por regresar. Efectivamente, esto es lo que hay en el hombre afectuoso y bello, esta doble aspiracion hácia lo que desea y hácia lo que ha perdido, la cual lo preserva del riesgo de adherirse al momento presente de un modo demasiado esclusivo. Y arraigada de este modo en lo profundo de nuestra naturaleza mandada al mismo tiempo por sus mas sublimes instintos, esta benévola y fraternal union de la especie humana es una de las grandes ideas que presiden la historia de la humanidad.

G. DE HUMBOLDT.

## LA OBEDIENCIA,

Y MEDIOS DE OBTENERLA POR PARTE DE LOS NIÑOS.

### I.

#### FUNDAMENTOS DE LA AUTORIDAD PATERNA.

Las leyendas de Oriente nos han trasmitido la narracion de un enigma que, segun dicen; ocupó la atencion de la corte del rey de Persia por espacio de todo un día. Tratábase de saber lo que hay al mismo tiempo mas fuerte y mas débil en este mundo. Los sábios, segun afirma la leyenda, respondieron que era un niño.

Dirijamos la vista hácia aquella cuna, y veamos si hay nada mas débil que aquel infeliz ser. Necesita de todos, y su impotencia lo aguarda todo del interés ó de la compasion que inspira. Es necesario que una mano previsora lo defienda no solamente del aire y le acerque los alimentos, sino tambien que amortigüe á su alrededor el contacto de los objetos exteriores y sostenga con atencion vigilante aquellos

débiles órganos, que sucumben bajo su propio peso. El niño se anuncia á la vida con un grito de dolor. Parece, dice el poeta Lucrecio, que presente las tristezas de este mundo; y así tiene la conciencia de sus penas mucho tiempo antes del presentimiento de su fuerza.

Sin embargo, no desdeñemos con demasiada prontitud esa débil criatura, en la que á cada generacion la humanidad vuelve comenzar y se continúa. ¿Qué llegará á ser ese niño al salir de aquella cuna, y al cual estamos mirando, contemplándolo con cariñoso afecto? No es á la juventud, sino á la infancia á la que deben atribuirse esas esperanzas infinitas de que habla Bossuet. ¿Qué admirable poema de la vida humana no se formaría con la menor parte de lo que se imaginan las madres al mirar á su tierno hijo! Esta mano que se mueve al acaso mandará los ejércitos ó contendrá el furor de las agitadas muchedumbres; estos clamores inciertos entre la cólera y la alegría, serán la poderosa palabra ante la que la tierra se quedará muda; esta mirada que anda flotando por el vacío, iluminará como una llama la frente del filósofo ó del poeta. ¿Qué esplosion hará mas adelante esta fuerza misteriosa? ¿Vendrá á arrojar en el mundo el temor y el escándalo? ¿Vendrá á robustecer las esperanzas y á sostener el valor de la humanidad?

La Providencia misma es quien inspira á los padres y á las madres esas elevadas preocupaciones. No debemos vituperar el orgullo de estos; pues su mente no se limita, gracias á Dios, al vulgar cuidado de las necesidades materiales. La mas reducida pobreza no piensa solo en proporcionar á su hijo el alimento del día y el vestido de mañana, sino medita mayores planes. Desde el humilde asilo donde está oculta y en medio de la miseria á que se resigna, entreve y aguarda, por decirlo así, para su niño el imperio de las almas y la soberanía del universo.

¿Cómo se verificará semejante destino, y cómo se realizarán esas ilimitadas esperanzas? El niño ha nacido para aguardarlo todo y es incapaz de buscarse nada. Nada se halla inaccesible á las esperanzas de su porvenir; pero nada tampoco parece posible á su debilidad presente.

Por lo tanto, desde las primeras horas de la vida es menester que alguien acepte la responsabilidad de esa alma tierna, y que emprenda la tarea de desarrollarla y de conducirla á la total posesion de sí misma.

Dios no ha querido que este gran deber de los padres se hallase espuesto á iguales vicisitudes que los demás deberes y obligaciones de la vida. Para todos estos ha puesto en la conciencia el cuidado de avisarnos é ilustrarnos acerca de lo que debemos hacer. El hombre que comete el mal con propósito deliberado, no ignora que es culpable, y la inquietud que sentia antes de su falta, se trueca en remordimientos así que la ha cometido. Pero todas estas aprensiones son insuficientes al tratarse de la responsabilidad de los padres respecto á su hijo. Estos deberes son tan sagrados y tan esenciales, que Dios mismo no ha querido encargar su cumplimiento únicamente á las luces de nuestra razon y á las sugerencias de nuestra conciencia; sino que los ha hecho, mas bien que objeto de mandatos de nuestro sentido moral, una inspiracion y como un instinto de nuestro corazon. Por consecuencia, cuando se viola esta ley suprema, no atenta el hombre solamente contra su deber, sino contra su naturaleza. De padres que faltan á lo que deben á sus hijos, no solo se dice que son culpables sino que son *desnaturalizados*. Dios había efectivamente encargado la custodia de aquella santa obligacion al sentimiento mas dulce del alma del hombre. Es menester, por consiguiente, que



los padres hayan renunciado á su propio corazon, para que nieguen á su hijo lo que éste tiene derecho á reclamar de su cariño.

De la impotencia del niño y del deber que de semejante flaqueza nace respecto á los padres, dimana lo que se denomina autoridad. La expresion misma que sirve para designarla, la define y hace sagrado su origen. Se dice que los padres son los *autores* de los dias del niño: son, por lo tanto, responsables de su vida, porque son la causa de esta.

La autoridad paterna ha sufrido las funestas consecuencias de los sacudimientos que han agitado la época en que vivimos. Cada siglo tiene su enfermedad, y nosotros igualmente que los demás periodos de la historia, no nos hemos librado de esta ley comun. La enfermedad de nuestro siglo es el quebrantamiento del principio de autoridad, atacado á la vez por los que obedecen y mal defendido por los que deben mandar. El poeta Delille, en una nota al poema de *La Conversacion*, se burla muy ingeniosamente de esos talentos limitados que aguardan el parecer de otro para tener una opinion, y confesarían gustosos que son ya *del parecer que va á tener aquel caballero*. Pero creo, que para pintarnos, bastaría volver á la inversa la anécdota: bastaría decir, cuando se trata de nuestros superiores, que anticipada y casi infaliblemente vamos á ser de opinion opuesta á la que van á omitir, aunque todavía no sepamos cual es esta.

Semejante desconfianza contra la autoridad, es sin duda alguna, lo que hay mas sensible en la práctica, y menos lógico bajo el punto de vista de las ideas.

Cuando un preso se presenta ante los tribunales, por creérsele complicado en algun delito, la ley dice espresamente que hay *presuncion* en favor del acusado: en otros términos, que es inocente y que debe ser tenido por tal, hasta el momento en que su falta haya sido reconocida y demostrada. La acusacion es la que tiene que probar lo que alega.

Me atreveré á decir que acontece lo mismo respecto á la autoridad y que, tomando la expresion de los legistas: «hay presuncion en su favor.» Es menester tener doble razon contra ella. La obediencia procede de suyo; y los que pretenden dispensarse ó sustraerse de ella, deben alegar las razones que los eximen de la ley comun. La autoridad que con cualquiera se ejerce, no es un agravio que se le hace, sino una ventaja que se le da. La impaciencia de los que se sustraen de ella, no tiene otro resultado que el de abismar su conducta en la incertidumbre y privar á su inferioridad de las luces de una buena direccion.

El lenguaje mismo proclama semejante verdad. ¿Qué es un hombre cuyos consejos y palabras tienen *autoridad*, sino una persona de quien los consejos merecen ser seguidos y las palabras escuchadas?

Lo que estoy diciendo acerca de la autoridad en general, es mucho mas verdadero todavía respecto á la autoridad paterna.

Esta tiene su origen, al mismo tiempo que su consagracion, en el corazon de los padres y del niño, y es tan natural á los primeros el ejercerla, como dulce al segundo el sufrirla. Representando para los padres y para el hijo un vínculo y como una mútua efusion de cariño, toma de este sentimiento que la funda, un particular poder de accion. Esta autoridad no se mide solo por la inteligencia, cultura y posicion social de los padres; sino que se deriva de lo mas íntimo del alma, de inspiraciones superiores y misteriosas.

Los hombres de genio han tenido muchas veces, como los demás, padres oscuros y humildes. No obstante, nunca han hallado, á pesar, ó mas bien á causa de su incomparable superioridad, que sus padres hubiesen sido jamás inferiores á ellos. En efecto, hay en el hombre otra grandeza que la de la inteligencia y de la instruccion: «Podemos, decia madama de Stael, carecer de grandes talentos como de grandes caudales, y sentirnos superiores por el corazon.» Igualmente los padres, inciertos y confusos en todo lo demás del gobierno de la vida, hallan en el fondo de sí mismos una decision y una firmeza inalterables cuando se trata de la conducta de sus hijos. Dios proporciona luces que vienen del corazon, no para el desarrollo de su inteligencia, sino para la perfeccion de sus virtudes y para el acrecentamiento de su cariño.

La autoridad de los padres busca la obediencia del hijo.

## II.

### LA OBEDIENCIA.

Hay en el Evangelio una frase que siempre me ha llamado la atencion.

Los escritores sagrados han dejado en la oscuridad gran parte de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Nada sabemos, por decirlo así, ni de su infancia ni de su primera juventud; y excepto el viaje que hizo á Jerusalem y la discusion que sostuvo con los doctores de la ley asombrados y confundidos, nada ha llegado á nuestro conocimiento de lo que pasó durante aquellos dilatados años en que Jesus habitaba la casa de María y de José. La tradicion, pero no el Evangelio, nos muestra al niño Jesus abismado en sus primeras meditaciones frente á una cruz fabricada con sus manecitas; y la leyenda nos lo manifiesta tambien trabajando junto á su padre en la carpintería y alargando por un milagro la tabla demasiado corta para la obra comenzada.

Los Evangelios guardan acerca de este largo intervalo un silencio profundo; y para referirnos toda aquella vida hasta el dia en que Jesucristo apareció en público y comenzó sus predicaciones se contentan con una sola palabra: «Jesus vivía con sus padres, y les estaba sometido.»

¡*Les estaba sometido!* Esta frase lo dice efectivamente todo á quien sabe entenderla, y está escrita para advertir y para ilustrar al filósofo cristiano.

El niño, aun en una edad tierna todavía, comienza á asemejarse á lo lejos al hombre ya formado: tiene como este variados deberes, los cuales se diferencian segun la posicion que ocupa, la suerte que le aguarda y las facultades que ha recibido. Sin embargo, no le pertenece todavía intervenir en su propia suerte; y ya sea heredero presuntivo de un monarca, ya hijo de un oscuro obrero ó futuro trabajador del campo, no tiene, en cualquier posicion en que se le quiera imaginar, sino un deber único que cumplir. Este deber resume y reemplaza todos los demás: obedecer; obedecer á los que tienen la legitima responsabilidad de su porvenir, obedecer á la inteligencia que está obligada á pensar y á la voluntad que se halla encargada de resolver por él. Todas las virtudes y toda la historia de su vida deben resumirse para él, como para el niño Jesus, en las siguientes palabras: «Estaba sometido á sus padres.»

La obediencia no debe considerarse bajo un punto de vista puramente material, ni mirarse como obtenida siem-



pre que el niño ejecuta mecánicamente la acción que una orden le ha prescrito. La obediencia es en el mas alto grado un hecho moral, y el corazón debe consentir en ella antes que la mano obre.

Conoci á un pobre diablo que se buscaba la vida como podía remendando zapatos. No tenía sino un hijo, un zángano cuya madre había muerto al darlo á luz. Este buen zapatero tenía una pretension loable, pero muy singular para cualquiera que lo conociese algo. Según él, no había padre que hubiese logrado educar tan perfectamente á su hijo. «Va vd. á ver, caballero, me dice, cómo sé hacerle obedecer.» En seguida, medio abre la ventana del entre-

suelo, y vimos al zángano del hijo ocupado en jugar á los bolos en la calle. El padre lo llama, mandándole que suba al punto. El hijo lo oye, levanta la cabeza, echa á correr, y un momento despues había dado la vuelta á la plaza y desaparecido de nuestra vista. Sin descomponerse lo mas leve, se levanta el padre, deja el mandil y las herramientas de su trabajo, y desaparece en pos de las huellas del fugitivo. Algunos momentos despues oigo agudos gritos y veo por el mismo punto de la plaza al zapatero, que volvía triunfante. Con la mano izquierda traía al hijo fuertemente agarrado por el cuello de la ropa y lo hacía andar delante de él, mientras que con la derecha le distribuía con una liberali-



Jesus en casa del carpintero José.—Dibujo de Bertall.

dad verdaderamente algo pródigo, golpes y puñetazos. En fin, se abre la puerta del cuarto, y el padre, entusiasmado con su victoria, pone orgulosamente á mis pies al pobre hijo todo acribillado á golpes, y esclama con aire de satisfacción: «Vea vd., caballero, cómo sé hacerle obedecer.» Con perdon sea dicho de mi amigo el zapatero, esa lucha salvaje que cuenta con la fuerza brutal y que termina con la inevitable derrota del mas débil, no tiene nada que ver con lo que debe entenderse por obediencia. La rebelion del corazón sobrevive á la derrota de los órganos; el niño no ha obedecido porque haya cedido, á pesar suyo, al vigor de la fuerza muscular.

Los moralistas dan acerca de la obediencia una defini-

ción muy hermosa y muy filosófica: «Obedecer, dicen, es hacer con prontitud y alegría todo lo que nos mandan.»

El niño debe hacer cuanto le dicen, y hacerlo con prontitud. La razon es sencilla.

En ningún caso tiene que deliberar sobre lo que se le ha prescrito.

Basta que su inteligencia comprenda la orden que recibe, y no tiene que juzgar acerca de esta orden. Además, como tampoco tiene el gobierno de sí mismo, no puede tener otra ocupación que lo retenga ú otro deber que lo distraiga. No debe, por consiguiente, existir intervalo entre el momento en que una acción le sea mandada y aquel en que esta misma acción comience á ejecutarse. Para él prin-



principalmente debe ser verdadera la máxima oriental: «Oír es obedecer.»

No basta que el niño se dé prisa ni que obre sin vacilar y sin cavilación alguna, sino que también es necesario que sienta placer en seguir el impulso que se le comunica. Se encuentra en cierto modo respecto á sus padres en la misma situación en que el hombre se halla respecto á la providencia de Dios. A pesar de los descubrimientos y del progreso de las ciencias, no nos es dado las mas veces saber por qué tales ó cuales fenómenos se verifican. No obstante, iniciados como lo estamos en el conocimiento de la misericordia y de la providencia Divina, no dejamos de afirmar que cuanto pasa á nuestra vista tiene una razón de ser llena de intención y de previsión, aun cuando no nos es dado adivinarla ó comprenderla. Igualmente el niño no puede menos de ignorar casi siempre las razones que motivan las órdenes de sus padres. La efusión del corazón debe servir de satisfacción á la inteligencia. Debe bastarle al niño el verse amado, y debe comprender, aparte de toda reflexión, que sus padres no pueden querer nada contrario á sus intereses. El niño, ya en posesión de su voluntad, debe experimentar gran dulzura en poder entregarse á esa autoridad tutelar, y como en los primeros tiempos de su vida, deja ir con confianza su cabecita en los brazos que se tienden para sostenerlo.

Ciertas personas, confundiendo edades y situaciones, han aparentado temer que la obediencia comprendida de este modo acabase por destruir la voluntad: se han preguntado si esta sumisión inmediata é ilimitada del niño á una iniciativa que no es la suya, presentaría el riesgo de destruir para siempre su energía y de dejar en su pequeña alma una incurable disposición á la flaqueza. Creo que la menor reflexión sobre los efectos morales de la obediencia, basta para disipar este error ó para alejar semejante preocupación. ¿Qué es, en efecto, la obediencia, considerada no en la acción que se desempeña, sino en la resolución interior con que cualquiera se somete á ella, sino en el acto enérgico de una naturaleza que se sujeta y se domina á sí misma?

Miremos á ese niño que está jugando en aquel salón brillantemente iluminado: la embriaguez del contento anima su mirada; se excita con el contacto de los de su edad; está allí afanoso, entusiasmado, olvidándolo todo y sin acordarse, por decirlo así, de que existe en el mundo. De pronto y en el instante mismo en que menos lo aguarda, la voz del padre viene á recordarle el sentimiento de la realidad: es ya la hora habitual de acostarse. Sabe que en aquel momento le es preciso dejar el salón y volver á su cuarto. Ha sido también educado para no hacerse repetir dos veces aquel aviso. Abandonando al punto la pasión que lo arrebató, se desprende de sus entretenimientos, deja sus juegos, y con el corazón hinchado y acaso con una lágrima en los ojos, se empeña en reirse para despedirse sin mal humor de la sociedad de que se retira. ¿Se cree que no se necesite cierta resolución y energía para ejecutar semejante sacrificio? En cuanto á mí, nunca he podido ver retirarse á esos pobres niños, algo tristes á pesar de su docilidad, sin preguntarme si entre todos cuantos ocupaban entonces el salón, no había efectivamente alguien á quien su salud, sus asuntos ó la razón debiesen exigir semejante sacrificio; y sin embargo, autorizados por su independencia para permitirse el abuso, y felices por librarse de toda obligación á causa de su situación y de su edad, estos hombres, me decía yo, no dejan de continuar sus placeres á despecho de

su deber. ¿Dónde está aquí la fuerza ó la debilidad, y cuál es la voluntad mas firme? ¿La del niño que se apresura á obedecer una orden tan molesta, ó la del hombre que cede muy fácilmente á la miserable tentación de un placer sin atractivos?

Cuando el niño despierta por la mañana y se siente muy dispuesto á continuar durante el día la pereza de la noche, no dejan de avisarle que su deber le aguarda y que debe ponerse á trabajar á toda prisa. Obedece; y para someterse, necesita reunir todas sus fuerzas y hacer un llamamiento á todo su valor. ¿Hay en esta resolución que le es exigida nada que pueda disminuir su energía? ¿Son muy capaces de hallar, como este niño, todas las fuerzas de su alma á su disposición todos aquellos á quienes un imperioso y urgente trabajo llama en las primeras horas de la mañana? La obediencia ¿ha disminuido aquí ó ha aumentado la voluntad?

¿Debo citar otro ejemplo? Cuando los padres temen en la mesa que la glotonería llegue á causar mal á sus hijos, no dejan de avisarlo al niño con una palabra ó con una señal. Este se da por aludido, y cualesquiera que sean las tentaciones que lo demás del banquete le presente, resiste del todo: su comida termina desde el instante en que recibió el aviso paterno.

¿No habrá aquí nadie que haga justicia á esta firmeza infantil? ¿No se necesita cierto imperio sobre sí mismo para resistir de ese modo completamente á los atractivos de una buena mesa? Soy amigo de un médico cuya debilidad de estómago le prohíbe imperiosamente toda clase de licores fuertes; mas cuando asiste á alguna comida de ceremonia, no deja de ceder á la tentación del vino de Chipre ó de un Jerez añejo. Se inclina hácia mí con una sonrisa de compasión por su propia debilidad, diciéndome á media voz: «¡Cuánto voy á padecer esta noche!» y después de esta oportuna reflexión, apura hasta la última gota el vaso que tiene en las manos. Es preciso considerarlo muy bien antes de acusar el régimen de la obediencia. Como para someterse á otro, es menester mandarse antes á sí mismo, la obediencia es el único medio infalible de preparar las almas jóvenes para la independencia y para la fuerza.

No basta que la obediencia se halle en la naturaleza y en los intereses del niño para que este la verifique por sí mismo; porque si los hijos son llamados á practicarla, los padres, por su parte, están en la obligación de enseñársela. En sus manos la obediencia no es solamente el ejercicio de un derecho de que no deben prescindir, sino el cumplimiento de una obligación de que no pueden sustraerse.

### III.

#### LA SEGUNDA EDUCACION DE LOS PADRES.

No hay para que negarlo, tanto el hombre como la mujer que emprenden la penosa tarea de educar ellos mismos á un hijo, están obligados á comenzar nuevamente su propia educación.

La Fontaine ha pronunciado acerca de la infancia unas palabras que creo inexactas en el sentido que las dijo: «Esta edad carece de compasión.»

Gracias á Dios, no es cierto que la infancia carezca de compasión, ni que por una perversidad de su naturaleza se complazca en escitar el dolor y en alimentarse con lágrimas.



Sin embargo, en otro sentido las palabras de La Fontaine son profundamente verdaderas.

El niño desempeña en el seno de su familia el papel de un testigo silencioso y desapiadado. Puede decirse de él con mayor razón lo que Aristóteles decía del joven, que aun no ha sido *humillado por la vida*. No debe creerse que el niño no comprenda el mal que puede verificarse á su vista: lo que no comprende, es que se verifique. Haya, por ejemplo, una discordia entre los padres y una discusión los divide hasta el punto de venir á parar en reconvenciones, la razón demasiado débil del niño, no le permite entrar en los argumentos que se oponen ambos con tanta acritud; porque es incapaz de distinguir hácia qué lado está la razón y á cual la injusticia; ni se halla, por consiguiente, en estado de hacer una elección ni de adoptar un partido; pero la debilidad de su inteligencia y el estremecimiento de su corazón le producen una sensación mas profunda y mas exacta. Siendo incapaz de discernir en qué cualquiera de los dos puede tener razón, le parece con motivo que ambos obran mal, y muchas veces deja traspasar la enérgica censura de sus juicios infantiles.

Por consiguiente, no hay para que ocultarlo, los padres tienen que comenzar una nueva educación para sí mismos, cuando emprenden la de sus hijos. Nada es mas justo ni nada ha sido previsto mas sabiamente por la providencia de Dios.

El hombre atraviesa sucesivamente diferentes pruebas por el camino de la perfección. Cuando es niño, está en las manos de los padres como un dócil instrumento. Le dicen: «Anda,» y vá. Le dicen: «Escucha,» y se pára. El agente de su vida comienza por serle exterior, y solo á fuerza de obedecer es como llega á aprender á mandarse.

Llegan los fogosos años de la juventud: celoso por pertenecerse á sí mismo é impaciente por asegurar su independencia, disfruta de su fuerza hasta abusar de ella, y se embriaga con su libertad hasta perderla.

En aquel instante un nuevo sentimiento estalla al mismo tiempo en el corazón del hombre y de la mujer. Los ardores de la juventud adquieren en el adolescente cierto colorido menos desordenado y mas afectuoso. Los recién casados se dan la mano, ponen en comun no solamente el caudal que han recibido y el porvenir que les aguarda, sino tambien las virtudes adquiridas. «El amor, ha dicho muy bien Mr. Guizot, nos deja en el matrimonio con los defectos y cualidades que teníamos antes; puede hacer olvidar lo que nos falta, mas no puede dárnoslo. Puede prestar su encanto á nuestras imperfecciones, y aun quizá á nuestros vicios; mas no es suficiente para libertarnos de ellos. En el matrimonio, como en cualquier otra situación, nunca somos felices sino con nuestras cualidades y con nuestros esfuerzos, y nunca desgraciados sino con nuestras faltas. Tanto el hombre como la mujer, tienen aquí, por consecuencia, una nueva educación que volver á comenzar. Es menester que se sobrelleven el uno al otro; y en lugar de acometer la quimérica y cómoda empresa de hacer mejor á aquel con quien la Providencia nos ha unido, hay una reforma mas pronta y mas eficaz á la cual es mucho mejor atenerse: es la reforma de sí mismo. Esta es siempre posible y no requiere sino buena voluntad. De este modo se mide cada cual á sí mismo la dicha y la paz.»

Estas ideas algo severas, no se presentan desde luego en la primera aurora del casamiento. Se vive entonces sobre un capital comun de encanto, de simpatía y de cariño; pero

sin mirar siempre que una mútua imprevisión puede disipar las riquezas de aquel tesoro y preparar muy en breve para los sucesivos los arrepentimientos, las incomodidades y las reconvenciones.

Entonces en aquel joven matrimonio, entre el padre y la madre que estaban ya para no entenderse, se presenta el niño que oye, mira y juzga. La segunda educación de los esposos va á ser mas exigente y mas severa. Aprenderán cada día todas las virtudes que deben practicar para inspirarles el gusto de ellas á sus hijos, toda la dulzura que deben desplegar para suavizar su impaciencia, y toda la firmeza y prudencia que deben tener en la conducta de su propia vida para hacer á aquellos prudentes y razonables.

Esta segunda educación se verifica, pues, en el hombre bajo la inspiración y con el concurso de dos móviles igualmente santos é igualmente poderosos: el deseo de hacer mas feliz á la mujer á quien ama, y la necesidad de conservar á la autoridad paterna que ejerce, toda su eficacia y todo su respeto.

¿Por qué medio los padres, únicos responsables ante Dios, obtendrán la obediencia sin la cual ningún deber del niño puede cumplirse ni realizarse ningún progreso de la juventud?

Antes de pasar á las reglas prácticas, únicas que deben seguirse y meditarse, podemos teóricamente resumirlas todas con anticipación en una sola palabra: es necesario que el niño se habitúe á obedecer, no á la voluntad del padre, sino á la razón misma, á la que el padre debe oír y escuchar igualmente que el hijo.

En las monarquías orientales, donde el mas absoluto despotismo no tiene otro freno que su capricho ni otra regla que su voluntad, se acercan temblando ante el dueño supremo, quien con una palabra puede ocasionar una ruina ó con una señal mandar quitar la vida. Antes de acercarse al gran turco, se informaban esmeradamente sobre el modo con que habia bebido, digerido ó dormido; porque en efecto, bastaba el menor trastorno ocasionado en su vida ó un impulso de mal humor comunicado á sus ideas, para poner en estremo ó peligro la petición, la suerte y la vida misma del pretendiente. Pagábanse con liberalidad los criados del Serrallo para saber anticipadamente á qué atenerse respecto á la higiene de las diferentes horas del día. Los ministros mismos no se acercaban sino temblando ante el sucesor de Mahoma, cuando habia dormido mal la noche anterior ó digerido mal su última comida.

Es menester decir las cosas como son y no lisonjearnos intempestivamente de ser mejores de lo que somos. Hay muchos padres y madres que en sus relaciones con los hijos se conducen á estilo del gran turco. Cuando están alegres y de buen humor, cuando todos sus asuntos marchan segun su capricho, no tienen sino dulzura é indulgencia en sus mandatos y en sus observaciones. Muy distantes de mostrarse severos por inocentes ocurrencias, son los primeros en buscar excusas á faltas muy manifestas y en prodigar su perdón á rebeliones muy pertinaces. Entonces el estrépito que el niño arma en la casa es una música con que el padre se alegra; la prontitud misma que el niño tiene en desobedecerle, es una chuscada llena de encantos, y hasta las necedades que dice, son otras tantas buenas ocurrencias que el padre se felicita en referir.

El niño no dice nada á todo esto, pero muy pronto comprende semejante situación, sabe que el padre está de buen humor y conoce sus sonrisas de satisfacción así como sus



gestos de cólera. Si tiene alguna necesidad que manifestar, alguna falta que dar á conocer, sabe buscar la coyuntura adecuada para esta manifestacion. Coge al padre en su buen momento y lo sorprende en su sonrisa. Sabe hasta qué punto puede abusar de la flaqueza de aquel, y en qué instante cederá el padre á las importunidades de su ruego, á pesar de las mas sólidas razones para negarlo.

No se crea que el niño tenga la menor satisfaccion con las facilidades que le proporciona ni con las concesiones que le dispensa el cambiante humor de los caprichos del padre. Conoce muy bien, sin explicárselo, que la bondad del corazon no entra allí para nada. Asi como el padre se muestra fácil en aquella hora en que está alegre, un momento despues y sin mas justa razon, se muestra duro y

severo, desapiadado y exigente, porque alguna contrariedad le habrá ocurrido en su vida. El padre no quiere que el hijo venga á pedirle ningun favor ó gracia, que reclame los cortos privilegios á que la habitual indulgencia del mismo padre le habia dado algun derecho, ni quiere que replique ni que hable, ni que ruegue, únicamente porque este mismo padre ha tenido cualquier contratiempo.

Fácil es de preveer el resultado de semejante conducta. El hijo conoce perfectamente que obedece al padre, y no á la razon ni á un principio superior al padre. Cuando éste le dice: «Es menester que te vayas á acostar.» este *es menester* no puede tener para el hijo su significacion verdadera, sino que inmediatamente lo traduce por la frase *yo quiero*, y tiene fundamento para no entenderlo de otro modo. Efecti-



El zapatero y su hijo.—Dibujo de Bertall.

vamente, no ignora el niño que su hora de recogerse está subordinada, no á una regla inflexible fundada en las necesidades de su edad y de su temperamento, sino únicamente en la disposicion de ánimo en que el padre se encuentra en el instante en que acaba de dar la formidable y fatal hora. Es muy evidente que el bueno ó mal humor del padre nada tiene que ver con la salud del hijo. La verdad es que, á pesar del estravagante capricho del padre, el hijo *se debería* retirar á su hora acostumbrada. De este modo los padres son la primera víctima de ese deber que le enseñan al hijo que practique; porque éste comprenderá muy pronto que las obligaciones á que el hombre se halla sometido, están mejor garantidas todavia por la libertad que las acepta que por la opresion que las impone.

Lo que voy diciendo acerca de una de las circunstancias relativamente insignificante de la vida, tiene lugar y se repite á cada momento en el curso de una educacion. Deben contarse á millares las órdenes, advertencias, prohibiciones y consejos que los padres están llamados á prodigar á sus hijos. Ninguna educacion es posible ni autoridad ninguna duradera si los hijos no están habituados á ver á los padres someterse á la ley que imponen, ni si estos no aparecen como representantes del deber, encargados únicamente de interpretarlo y de mantenerlo, sin tener nunca la pretension ni la debilidad de sustituirlo con rigores ó concesiones inmotivadas.